



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Guía de lectura

# Solito

*Memorias*

"He esperado décadas por  
una memoria como *Solito*"  
—Sandra Cisneros



JAVIER ZAMORA

# SINOPSIS

Este no es un cuento infantil, sino la historia de un niño salvadoreño de nueve años contada por él mismo; memorias escritas por el adulto que hoy es Javier Zamora. Con apenas dos años, Javier vio partir a su padre a los EEUU. A punto de cumplir los cinco, también se fue su madre. Así que a los nueve emprendió el camino desde El Salvador para reencontrarse con ellos; un trayecto de 3.000 millas desde su país natal hasta California— que hizo acompañado por desconocidos que se convirtieron en su familia temporal. Este es el relato de su dura travesía, hasta llegar a reunirse con sus padres, que lo esperaron por dos meses con la incertidumbre de no saber dónde estaba. Su historia es la de la voluntad increíble de un niño que vence las dificultades gracias al firme propósito de volver a ver a sus seres queridos.

La primera palabra incrustada en la memoria de Javier es “viaje”. Con cada llamada que le hacen sus padres desde California, Javiercito —como lo llama su abuela y que vive en el pueblito de Herradura— empieza a soñar con el reencuentro, pues los extraña aunque los recuerde poco y aunque conozca y sienta el amor de sus abuelos. Su padre huyó de la guerra civil salvadoreña y Javier imagina cómo es mientras escucha su voz por un teléfono prestado. De su madre tiene memorias más certeras, como cuando le decía que contara sus sueños *temprano por la mañana, pero no en la cocina, porque le podía dar una indigestión*. Es su poderosa imaginación infantil la que le hace no tener dudas de que volverá a verlos; la fuerza que les hace creer y crecer. Con su increíble capacidad para soñar despierto, imagina a un ser alado que revolotea por los campos de Centro América, atraviesa México y, finalmente, aterriza frente la puerta de la casa de sus papás en California, llevándolo con él. Sin embargo, aprenderá muy temprano que cumplir con su anhelo es mucho más duro y largo que volar hacia la libertad.

Son los comentarios de sus compañeros de la escuela los que le asoman el concepto de nostalgia. Pocos o casi ninguno de los niños que se han ido, algunos en avión, han vuelto al pueblo. No obstante, a través de las películas y de los cuentos que escucha, Javier va idealizando lo que será su vida en La USA, como llaman allí a los Estados Unidos de América. Cuando aparece Don Dago, una especie de coyote mayor, empieza a intuir que el día del viaje está cerca. Lleva un largo

año esperándolo y, cada vez que pregunta “cuándo”, le responden “pronto”. Se consuela con las esperanzas que le da su tía Mali, que además le cuenta las vicisitudes que pasó su madre para llegar hasta su marido en California. Sabe que sus padres no tienen suficiente dinero para comprarle un boleto de avión y, además, está el asunto de la visa que le negaron. Sin embargo, sabe también que su mamá llegó en dos semanas porque Don Dago, dicen, es el mejor coyote de El Salvador y la condujo hasta La USA en un viaje sin contratiempos. No sabe, eso sí, cuánto tiempo durará su viaje.

Mientras se acerca el día, Javier va relatando su vida familiar y escolar. Describe las cotidianidades, las costumbres culturales y los personajes de su pueblo, que forman parte de su más íntima relaciones humanas. Desde su memoria de adulto, el autor desarrolla una admirable descripción de sus recuerdos infantiles, que en la traducción se reforzó al hacer uso de un vocabulario basado en modismos vernáculos salvadoreños y mexicanos (que se vio obligado a aprender). Al fin y al cabo, Javiercito (Chepito) es un buen alumno, de los primeros de su clase y es sobresaliente en gramática.

Memorable la escena en que el abuelo le pide a la Madre Superiora que dirige el colegio de Javier que le permita una semana sin asistir a clases, con la excusa de llevarlo a una visita al zoológico de Guatemala. Una mentira piadosa, en realidad, que encubre la verdadera causa: el viaje inminente, cuyas condiciones ya han sido acordadas con Don Dago. Javier no conoce los detalles, pero todos en casa esperan ansiosos el día de la partida. Finalmente llega el aviso telefónico del coyote y se fija la fecha. También se entera de que otras seis personas irán con él. Se despide de la escuela, aunque todos creen que volverá en una semana. Reúne a sus mejores amigos y les regala sus más preciados juguetes con la excusa de que sus papás le han pedido que haga algo bueno por quienes quiere. Poco a poco, va entendiendo que puede que no vuelva a verlos. Incluso a su casa, donde ha vivido con sus abuelos, tía Mali y todas sus mascotas es un lugar al que probablemente no vuelva. Todo le resulta menos triste porque es más fuerte el deseo de ver por fin a su padre y abrazar a su madre.

Describe la mañana en que sale con su abuelo para comenzar el viaje con los detalles de una despedida emotiva, triste y, paradójicamente, plena de alegría. Co-

mienza su camino hacia Guatemala de la mano de su abuelo. Se les unen dos mujeres, una niña y tres hombres. Uno de ellos, Marcelo, es vecino de su pueblo La Herradura. Don Dago les explica la ruta de ocho horas hasta ciudad de Guatemala, pasando por La Hachadura, en la frontera y les recuerda que deben fingir que no se conocen entre sí ni lo conocen a él.

Mientras el bus recorre la vía hacia Guatemala, el autor describe el paisaje y relata la fisonomía de sus compañeros de viaje. Transmite el asombro de un niño de nueve años que nunca ha salido del país. Revisan sus pasaportes en la frontera y les recuerdan que solo tienen dos semanas de estadía. Al llegar a Tecún se alojan en una posada y la espera para continuar hacia México se prolonga más de lo esperado. Mientras tanto, Javierecito va aprendiéndose su nueva identidad mexicana. Ya siente la extrañeza de estar lejos de su familia, de su escuela y sus compañeros; Al mismo tiempo, comienza a conocer e intimar con su abuelo; pasa de tenerle miedo a reconocerlo como alguien cariñoso y protector. A él debe el mito del Cadejo, un espíritu malo o bueno con forma de perro y que Javierecito invocará para que lo salve y proteja. También aprende de su abuelo a medir la puesta del sol con sus dedos. Llega el día en que les toca despedirse, parados frente a la puerta del autobús que lo llevará a México. Le recomienda confiar en Marcelo. A partir de ese día, Javierecito viajará solo, solito.

El próximo trayecto será cruzar de Guatemala a México en lancha, uncambio de planes que enfada mucho a los hombres del grupo. Javierecito tiene mucho miedo, echa de menos el apoyo de su abuelo. Escucha comentarios sobre lo peligrosas que son las lanchas y la cantidad de que gente ha muerto ahogada. Además, se entera de que Don Dago ya no seguirá con ellos y escucha por primera vez la palabra *migrante*. Se embarcan en las lanchas, unos coyotes mexicanos los llevarán. Don Dago se despide con el augurio de que los verá nuevamente en México. La navegación será larga, unas dieciocho horas por mar abierto. Javierecito invoca al Cadejo para que lo proteja a él y a su grupo, esas seis personas que van con más de cuarenta extraños en otras lanchas. Entre ellos están El Chino, Patricia y su hija Carla. Por sugerencia del coyote, estos se harán pasar por la familia de Javierecito (madre, padre y hermana) y, de alguna forma, lo terminarán siendo. Serán ellos quienes lo cuiden hasta el último día.

La idea de que llegar a México lo acercará más a sus papás le da fuerzas. Siente el sabor amargo de las pastillas contra el mareo, pero se las traga. Otras lanchas, llenas de gente se les acercan para hacer juntos la recia y peligrosa travesía por el Pacífico. “Una aventura para migrantes”, piensa Javierecito.

Llegan a una playa donde los recogen unas camionetas. El viaje sigue su curso. Están en algún lugar de

México Pasarán la noche en una casa abandonada, junto a todos los que venían en las lanchas, dos grupos de unas cincuenta personas. Todas las acciones son un complicado proceso: el acto de ducharse ante extraños y con tanta gente, el ir a hacer sus necesidades es algo que Javierecito logra superar no sin dificultad. Desde la casa los trasladan al bus que los llevará a México D.F. y el coyote les recuerda que ahora son mexicanos, así que todos se esfuerzan por hablar con las palabras y el acento adecuado. Finalmente abordan el bus para D.F., no sin que antes les adviertan de los puestos militares que encontrarán en la carretera. En el primer control los delatan: son “mojados” y los soldados los bajan del bus. Los insultan, los tiran contra el asfalto, los apuntan con sus armas, los amenazan con devolverlos a su patria. Javierecito reza el Padre Nuestro en silencio. Mientras están detenidos en medio de la carretera, el bus arranca y los deja allí. Tras una negociación entre el oficial mexicano y el coyote, los liberan para que sigan caminando a su suerte. Eso les ha costado casi todo el dinero que llevaban escondido.

Regañados por el coyote mexicano, emprenden la caminata. No parece tan fácil lograr llegar a La USA. Un microbús se apiada de ellos y los recoge. Los deja cerca de Acapulco. Les toca alojarse en un motel y Javierecito empieza a pensar que el viaje está siendo más largo de lo que creía. Mientras los hombres bajan a la bahía de Acapulco, Patricia —la madre postiza de Javier— y su hija Carla, que ya siente como una hermana, ven televisión y todos se reúnen a comer. Así pasan los días esperando la orden de continuar. Finalmente, llega la hora de seguir camino. El coyote les anuncia que subirán por doce horas en un bus para Guadalajara para alojarse nuevamente en un aparta-hotel y esperar por el próximo tramo del trayecto, hacia la frontera con La USA, que será el más pesado. Javierecito no deja de recordar a su familia, allá en La Herradura, en cada momento de su viaje, pero no llora. Se siente solo, pero también fuerte.

El coyote les señala la nueva ruta: Nayarit, Sinaloa, Sonora, Baja California norte y sur. No cruzarán por Tijuana, pues sigue nuevas órdenes y los llevará a La Línea. Antes pararán a rezar porque lleguen a la frontera y puedan cruzarla. Tienen que pedir les envíen dinero a través de *Western Union*. Siguen camino en otro bus, hasta otro motel. Otra ciudad y diez o doce horas más de autobús hacia el norte, hasta Ciudad Obregón. Otro puesto de control militar. Detienen a Marcelo, pero lo sueltan tras intermediar el coyote. Ya en Sonora, les avisarán que al día siguiente irán a La Línea. Antes pasarán por varios controles, con el susto en los rostros, hasta llegar a Nogales, donde abordarán unas camionetas. Hace frío, en el desierto las noches son heladas. Duermen en otro albergue, desde donde se puede ver la frontera. A partir de ahí, lo que vienes es unos quince kilómetros sin parar, hasta llegar al otro lado, a La USA, donde una Van les recogerá y los

Llevará a Tucson. Al borde del desierto nocturno se reúnen con otros grupos de personas e inician el largo recorrido. El coyote, al que aquí llaman “pollero”, les da las últimas instrucciones para la marcha. Avanzan ayudándose entre ellos, traspasando cercos de púas y esquivando cactus espinosos. De repente, un helicóptero se escucha. A media madrugada, Javiercito se siente agotado. Le dan agua, sigue caminando, no se puede parar; ya les falta poco, dice uno de los polleros. Marcelo ha desaparecido, se ha ido con la comida y el agua de Chele. De pronto, el grito que nadie quiere escuchar: La MIGRAAAA. Todos corren, pero es inútil: los atrapan. Los trasladan a un cuartel de la policía de Nogales, Arizona. Tras la documentación reglamentaria, y avisarles que si lo intentan de nuevo les caerán diez años de cárcel, sueltan a Patricia, Carla y Javiercito y los dejan en la frontera del lado mexicano, con la promesa del oficial estadounidense de que soltarán a su “marido” (El Chino) en uno o dos días.

Al final de esa tarde, aparece El Chino y se reúnen como una familia verdadera. Se dirigen a un albergue religioso y llaman por teléfono buscando una segunda opción para volver a intentarlo. Allí, lo reciben unas monjas que administran el albergue, donde se asean y descansan. Hacen contacto con los coyotes y vuelve a otra camioneta que los lleva al desierto, que los separa de La USA. Otra casa abandonada les da techo esa noche. Llegan más personas, otro grupo de migrantes, nuevos polleros. La larga marcha vuelve a comenzar de noche con similar promesa: llegarán a un rancho, esta vez, y los recogerán unas camionetas para llevarlos a su destino en EEUU. Esta vez el camino es más accidentado, hace más frío y las espinas de los cactus aparecen más amenazantes. Un helicóptero sobrevuela al grupo, les toca correr. Todos, especialmente Patricia está llena de espinas, en la carrera han perdido las botellas grandes de agua. Las cosas se complican, el pollero jefe se ha torcido el tobillo. Se les hace de día y siguen caminando, aprieta el calor, tienen que descansar y comer algo de lo que les queda, el agua da para los últimos sorbos, hasta que les ataca un

enjambre de abejas. El pollero, “Coco Liso”, desiste en seguir. Ellos, los cuatro que forman la familia migrante, avanzan a duras penas. Desorientados y separados del grupo intentan encontrar la casa donde, supuestamente, los recogerán las camionetas. Avistan una , donde ven una manguera...AGUA. Mientras beben, el dueño de la casa los sorprende y llama a la policía. Es el final del segundo intento.

Llega un oficial de la Migra. Les interroga allí mismo, esposa a El Chino, a Patricia y los hace entrar a todos en su camioneta. Se presenta: ‘Soy Mister González’. Parece más amigable que los otros policías que los ficharon. Les da chocolate y pan dulce y les saca las esposas a ambos. Le quita las espinas a Patricia. El Mister les dice que es su día de suerte. Les deja ir para que vayan a México de nuevo. Se hospedan en otra casa de nuevos polleros con los que acordaron que sus familiares en La USA pagarán al llegar a EEUU. Tras cuatro días descansando van a emprender lo que probablemente se el último intento, con los nuevos polleros: Ramón y Roberto, quienes le piden los teléfonos de sus parientes en EEUU. En esta tercer intento, Javiercito y Carla ya se creen expertos. Esta vez el grupo son 35 de Ecuador, Cuba y Brasil, además de los centroamericanos. Con las mismas instrucciones comienzan a caminar por el mismo desierto, que nunca saben si es México o tierra estadounidense. Tras pasar la noche caminando, amanece y les avisan que ya están muy cerca de las Van. Llegan a la carretera, esperan; aparecen las camionetas y se suben, apiñados. Ya llegaron a La USA. Los dejan en una casa sin muebles. Están en Tucson. Un pollero llama a los padres de Javiercito, confirma su identidad y les cobra 1.500 dólares. “Te recogerán mañana a las nueve”, le dice el pollero. Ahí, su familia migrante se separa para ir cada uno a su destino final. Javiercito se queda solo a la espera de sus padres, por fin. Su aventura se prolongó durante siete semanas –del 20 de abril al 10 de junio de 1999–, un duro viaje que muchos adultos no pudieron soportar. Javier Zamora, a sus nueve años, lo superó.



# PERSONAJES

## **JAVIER (Javercito, Chepito).**

Es el protagonista de esta historia. Tiene nueve años cuando comienza su narración. Es un niño aplicado en la escuela. Sobresale en gramática. Es despierto, observador y atento a captar todos los detalles de la realidad que le rodea. Hijo único, nació en un pueblo costero pequeño, La Herradura, de El Salvador. Su principal afición son los animales. Le gusta estudiar los mapas para conocer dónde están los países. Pese a ser un niño, se va a enfrentar con una muy alta fortaleza y determinación al reto de viajar solo desde su país a los Estados Unidos de América. La mayor aventura de su vida.

## **PATRICIA (madre de Javier).**

Tiene 28 años al inicio de estas memorias. Es una mujer que llegó a la universidad, sin terminarla. Tuvo que dejar a su hijo, Javier, cuando él tenía apenas cinco años, para seguir a su marido a los EEUU. El coyote Don Dago la llevó a California en dos semanas. Ha sido una madre amorosa y luchadora durante lostiempos difíciles de su país. Mujer de voz severa, transmite autoridad. Mide menos de un metro sesenta. Su pelo es negro y liso. Cuando ríe nunca enseña los dientes e inclina su cara

a la derecha como si escuchara un secreto. Su rostro tiene forma de corazón.

## **JAVIER (padre).**

Su voz en profunda y áspera, aunque también puede sonar suave. Él se fue de su casa cuando su hijo tenía casi dos años. La grave situación de la guerra civil en El Salvador lo impulsó a emigrar a EEUU. Es un hombre fuerte, musculoso, luce un bigote grueso, su pelo es negro y es amable con sus amigos y familiares. Todos en el pueblo, La Herradura, cuentan historias sobre él; le llaman “Javierón”, también “Lelota” o “Alacrán”.

## **NELI (abuela).**

Ha sido una madre para Javier durante la ausencia de Patricia. Javier la adora y le gusta todo lo que cocina. Tiene un pelo rizado, amplia nariz chata con un lunar oscuro en la misma, que se revisa cada año en el hospital. Sus cejas son dibujadas. Tiene hoyuelos en la cara al reírse. Ella ayuda a la precaria economía familiar cocinando y vendiendo pupusas, refrescos y horchata en el mercado. Antes, la ayudaba la madre de Javier. Ahora lo hace su tía Lupe. Su nombre, Neli, significa ‘verdad’ en algún dialecto nativo.

## **CHEPE (José Ovidio Cortez. Abuelo).**

Es mayor, ya jubilado desde 1995. Su panza es prominente. Tiene fama de cascarrabias y, aunque Javier le tiene miedo, logrará conocer su faceta bondadosa, cariñosa y jovial cuando lo acompaña en su viaje hasta Tecún en Guatemala. Se pone violento cuando está pasado de bebida. Bebe un aguardiente llamado El Muñeco. Dejó de beber cuando se fue su hija, Patricia. Estuvo en el ejército, aún guarda una pistola. Fue policía motorizado y guardia personal de un presidente y de políticos durante la guerra. Muchos en el pueblo le tienen miedo. Javercito también. Habla directo, serio. En el viaje le enseña a su nieto cosas prácticas: leer un mapa u orientarse.

## **MALI (tía).**

Es como otra mamá para Javier. Hermana de su madre, es soltera, tiene 23 años. Tiene el pelo grueso y rizado. Cuida su aspecto físico, especialmente sus pies. Y los pone en alto para prevenir la celulitis. Suele hablar mucho con Javier y a todo le agrega diminutivos. Mide un metro sesenta. Trabaja como secretaria en una clínica. Tiene un enamorado que es dentista. Es muy cariñosa con Javier. Separarse de él va a serle doloroso.

**LUPE (tía).**

Tiene 19 años y una hija, prima de Javiercito, Julia de 5, que tuvo a los 14 años. Es la más joven de las hermanas de la madre de Javier. Junto a ellas, presenciaba con temor las peleas entre el Abuelo Chepe y la Abuela Neli. Como su hermana Mali, Lupe está muy atenta al viaje de su sobrino. Cuando llega el día de su partida su tía Lupe le abraza y besa con gran ternura. Su relación con el Abuelo Chepe ha sido muy conflictiva, sobre todo cuando quedó embarazada siendo muy joven.

**DON DAGO (coyote principal).**

Bebe cerveza Suprema y fuma Marlboro. Es experto en trasladar migrantes ilegales a la frontera con EEUU. Viste una Polo desabotonada, que dejar ver su pecho canoso. Lleva un reloj de oro en su muñeca y tres gruesas cadenas doradas colgando de su cuello. Botas y cinturón negros. Por su atuendo no parece salvadoreño, más bien tiene un aire de ranchero de telenovela mexicana. Solo le falta el sombrero, que sustituye por una gorra de béisbol para cubrir su cabeza calva. En una libreta lleva las cuentas de las diversas tarifas de su trabajo como coyote principal. Les da a todos papeles falsos y les enseña a hablar y pensar como mexicanos.

**MARCELO (vecino y compañero de viaje).**

Joven, de rostro rectangular, con una nariz afilada, grande y recta. Tiene cejas gruesas y ojos desconfiados. Lleva tatuajes en el brazo y la espalda. Es conocido del Abuelo Chepe, del mismo pueblo. Va en el grupo de migrantes junto a Javiercito. Es serio, parece mayor que la tía Mali. Su voz suena profunda. Tiene una cicatriz en una mejilla. Trata con mucho respeto al Abuelo Chepe, quien le ha confiado cuidar a su nieto durante la travesía. Él ya vivió en Los Ángeles y lo deportaron. En la mitad de uno de los trayectos abandonará el grupo.

**NOEL (El Chino).**

Es un joven de 19 años. Tiene voz de muchacho y su bigote aun no

está definido. Parece amable, buena gente. Es muy hablador, tiene una manzana de Adán pequeña y sus palabras suenan como polvorientas. Él, Patricia y Carla son del mismo pueblo, de Soyapango; les dicen los 'Soyas'. Será quien se haga cargo de Javiercito. Le ayudará en las largas caminatas. Actuará como padre falso del niño y de Carla, así como marido de Patricia, al que llama Pati.

**ANTONIO (Chele).**

Es un hombre pálido. Sus cachetes son grandes, rosados, llenos de barros y espinillas. Al sonreír se le cierran los ojos. Su piel se ve grasosa, sudorosa. Tiene dientes grandes.

**PATRICIA y CARLA (madre e hija).**

Son las compañeras más cercanas de Javiercito en el viaje. Se harán pasar por su madre y hermana y, de alguna forma, terminarán siéndolo. A Javiercito le sorprende que se llame igual que su mamá. La voz es rasposa, como si estuviera aún dormida. Es bajita. Parece estar enojada, como aburrada. Mira a los ojos de las personas cuando habla. Lo blanco de sus ojos es blanquísimo. Sus pupilas color café oscuro. Su hija, Carla, tiene cejas gruesas. Es una niña bonita, se la ve segura de sí misma por su voz fuerte, pero dulce. Es algo mayor que Javiercito.

**MARTA.**

Es una mujer alta con pelo rizado. En el grupo comentan que es "algo" de Don Dago: su novia, su amante, su protegida. Es reservada, al terminar de comer se retira a su habitación y no se relaciona con los demás del grupo. Esquiva a los hombres que intentan coquetear con ella. Patricia le achaca los retrasos continuos en el trayecto entre Guatemala y México. Ella no acompañará al grupo cuando se embarcan en las lanchas navegando por el océano Pacífico hacia México.

**DON CARLOS (posadero en Tecún).**

Es un hombre gordo y con bigote. Tiene una voz agradable, aunque

sus dientes están amarillos y su panza es más grande que la del Abuelo Chepe. Parece pariente de Don Dago, pues se dicen "primo". Alojará al grupo en su posada mientras esperan salir en lanchas hacia México.

**JESÚS (chico de la Bici-Taxi).**

Es un muchacho de pelo lacio, negro y largo, que parece bailar sobre los hombros al moverse. Sus dientes son grandes y amarillentos. Maneja una bicicleta especial, adaptada para transportar a personas. Es su bici-taxi o triciclo en Tecún. Es de confianza de Don Dago y pariente de Don Carlos. Su vehículo tiene bocina, luces y espejos a los lados. Invita a Javiercito a jugar a las maquinatas, en su rato de descanso de chofer de la bici-taxi. Es un chico que vive su vida como si fuera ya un adulto.

**COYOTES/POLLEROS VARIOS.**

En cada trayecto del 'viaje' se van sucediendo los guías –coyotes y/o polleros– que, con disímil suerte, van dirigiendo a los grupos de migrantes hacia la frontera mexicana-estadounidense, para entregarlos en sus destinos finales en ciudades diversas de EEUU. Algunos de sus nombres, destacan: Coyotes/pilotos, en el trayecto marítimo. El Mero-Mero, Coco-Liso, Mario, Paco, Monchi, Beto, Ramón, Roberto. Sólo esos dos últimos logran la meta final de entregar a sus grupos de emigrantes ilegales en sus destinos finales.

**MÍSTER GONZÁLEZ (oficial de la Migra).**

Es un oficial del ICE (Immigration and Customs Enforcement), la Migra. Viste uniforme verde oscuro. En su insignia se ve su apellido: González. Detiene a Patricia, Carla, El Chino y Javier, pero los trata con humanidad. Les da chocolate caliente y panes dulces. Le quita las espinas a Patricia y los lleva en su patrulla hasta la frontera en territorio mexicano. No los denuncia. "Es un gringo bueno", dicen todos. Seguramente es de origen hispano por su apellido.

# EXTRACTOS

Viaje. Mis papás empezaron a usar esta palabra hace más o menos un año. “Un día, te vas a ir de viaje para estar con nosotros. Va a ser como una aventura. Como la que Simba tuvo antes de regresar a su casa”.

**[p.13]**

A veces sueño que soy Superman o Gokú y que paso volando sobre los campos, los ríos, sobre El Salvador; sobre todos los países, sobre la gente, pueblos, que paso volando hasta llegar a California, donde están mis papás. Sueño que toco el timbre. Que ellos abren su alta, grande y ancha puerta hecha de madera café, la más café de todas, y yo corro hacia ellos. Ellos me enseñan la sala. Su enorme televisor. El patio de atrás donde hay una piscina, un jardín, árboles de fruta, una pequeña cancha de fútbol, un muro pintado de blanco. Me subo a sus árboles de marañón, me como sus mangos, juego en su jardín... **[p.14]**

Mayo y junio son los meses más tristes porque nuestros papás no están aquí y nosotros no estamos allá. Para la mayoría de nosotros, son nuestros abuelos los que llegan a los actos del Día de la Madre y Día del Padre. No es como que no queramos a nuestros abuelos. Los queremos mucho. Adoro a Abuelita Neli. Me gusta todo lo que cocina. Me gusta cómo su pelo colacho atrapa mi cara. Me encanta su pelo que tiñe de negro, su pelo corto que hace que ella se mire puro micrófono, su pelo que huele a pupusas cuando me abraza. Me encantan sus camanances y cómo aparecen siempre que se ríe. Su amplia y chata nariz, y el oscuro lunar que tiene en medio de la misma, que cada año le revisan en el hospital para ver si no ha crecido de más. Y me encantan las cejas falsas que ella se dibuja delgaditas cada mañana usando un lápiz. **[p. 16/17]**

Nunca he conocido a Mi Papá. O tal vez sí, pero no me recuerdo. Estaba a punto de cumplir dos años cuando él se fue. **[p. 17]**

Tía Mali tiene apenas veintitrés años, y alguna vez escuchó que poner los pies contra la pared ayuda a prevenir la “ce-lu-li-tis”. Me gusta esa palabra. Ce-lu-li-tis. Cada mujer que va al puesto de pupusas de Abuelita Neli habla de la celulitis como si fuera una plaga. Abuelita Neli vende pupusas enfrente de la clínica donde trabaja Tía Mali desde que Mi Mamá era una niña. Mi Mamá incluso la ayudaba. Tía Mali también, hasta que entró al bachillerato y luego empezó a trabajar como secretaria en la clínica. Así que ahora Tía Lupe —la más pequeña de las tres hermanas— es quien ayuda a Abuelita Neli a hacer y vender las pupusas. **[p. 21]**

De vez en cuando alguien del otro lado del pueblo, cerca del muelle donde creció Mi Papá, nos dice, “Mándenle saludos a Javierón”. Mi Papá tiene varios apodosos y la verdad es que no sé qué significan. Lelota es el más difícil de todos, porque ni siquiera es una palabra de verdad. Hay otros más obvios como Alacrán, pero no sé cómo le pusieron ese apodo y, claro, nunca le he preguntado.

“Fulano y Mengano le mandan saludos”, le digo a Mi Papá por teléfono.

“Decíles que yo también les mando saludos”, dice, y pregunta cuántos nueves y dieces he sacado en la escuela y en qué clases. Luego de hablar de la escuela, hablamos de mi salud. Después hablamos de las cosas que me mandaron la última vez, y me toca decirle a Mi Papá qué juguetes o ropa quiero que manden en el próximo paquete. **[p. 22/23]**

Mis papás decidieron contratar a Don Dago, un señor que visita nuestro pueblo pesquero unas dos o tres veces al año. Nuestro pueblo no es San Salvador. Ni siquiera es Zacatecoluca. Tiene una entrada y una salida. Una calle de asfalto llena de hoyos, que llega hasta el muelle donde los pescadores salen antes del amanecer y vuelven al medio día a vender la pesca

# ...EXTRACTOS

del día. Para el invierno, cuando no deja de llover, la calle de asfalto y el otro camino (el más pequeño, el de tierra, donde vivimos nosotros) se inundan. **[p. 27]**

El Abuelo va conmigo a la escuela, va a la iglesia, va a la barbería y de vuelta a la casa, a quemar la basura, y son los únicos momentos que puedo pasar tiempo con él. Es muy callado. Y yo soy tímido cuando estoy con él. Incluso si dejó de chupar cuando Mi Mamá se fue, me da miedo que vuelva a hacerlo y empiece a gritarle a Abuelita Neli, pegarle a Tía Mali o tirar disparos al aire. Él siempre ha sido buena gente conmigo. Cuando me va a dejar a mi escuela católica, me da pisto, uno o dos colones, para que compre algo. “Solo si te hace falta”, dice, y se ríe. **[p. 46]**

Los fines de semana antes de la competencia yo iba a la escuela a estudiar gramática seis horas cada día. Los catorce estudiantes teníamos un mes para prepararnos para las finales celebradas en el hotel más bonito que había estado en mi vida: El Hotel Inter-Continental. El Abuelo fue el único que me pudo acompañar el día de la competencia; Abuelita Neli, Tía Mali y Lupe, todas tenían que trabajar. La Madre Superiora nos recogió en su pequeño Honda blanco. En el hotel había un montón de comida, pero no comí nada porque había desayunado lo que me preparó Abuelita Neli, pero también porque estaba nervioso. Mis abuelos comen con las manos. Yo también como con las manos. ¿Qué hubieran pensado los jueces? ¿Me hubieran juzgado por comer con las manos? **[p. 48]**

Lupe tiene diecinueve y es más joven que Tía Mali. Tuvo a Julia cuando tenía catorce. **[p. 59]**

Abuelita Neli me da más besos y se arrodilla a abrazarme. Después Tía Mali y Abuelita Neli me abrazan al mismo tiempo. Hasta ahí es cuando lloro. Hoy sí. Llegó la hora. La cosa que quería que pasara, pero está pasando todo tan rápido. **[p. 72]**

“Como dijo Don Dago, me llamo José Ovidio Cortez, o Chepe”, dice El Abuelo, su voz es seria y mira al frente. “Este es mi nieto, Javier. Él los va a acompañar cuando se vayan de aquí. Yo no voy con ustedes. Nos acabamos de conocer, pero les pido que, cuando me vaya, por favor cuídenmelo. Está muy chiquito y va a viajar sin su familia. Ustedes son su familia. Por favor, cuídenmelo”, dice El Abuelo en modo serio y directo, y viéndolos a todos a los ojos. Yo me pongo bien rojo.

Todos asienten. Algunos dicen, “Sí, señor”, o “Sí, don”. “Gracias”, responde El Abuelo con una mano sobre el pecho. “Va”, dice. **[p. 89]**

Cuando terminamos de repasar los pueblos, El Abuelo me enseña a mentir mejor. Don Dago nos dio papeles falsos a todos y tenemos que aprendernos todo de memoria. Tenemos nombres mexicanos. Lugares de nacimiento mexicanos. Pero la misma fecha de nacimiento. Además, Don Dago nos dio una fotocopia del himno nacional de México que empieza “Mexicanos, al grito de guerra”. Nos tenemos que aprender el coro y el primer verso, y el nombre de todos los equipos de fútbol de Guadalajara que juegan en la Primera División. Le vamos a Las Chivas. Tenemos que saber el nombre del presidente, Ernesto Zedillo, y que los mejores presidentes de México han sido Benito Juárez y Lázaro Cárdenas. Y por si alguien pregunta, votamos por el PRI. **[p. 95]**

Yo me quedo a la par de Abuelito Chepe, por la parte de atrás del bus. Él me ha enseñado tanto. Me han enseñado cosas del cielo. Cosas de mi familia. De mapas. Ya casi aprendí a amarrarme los zapatos como se debe. Y ya puedo hacer pupú y echarle agua al inodoro, y ya casi no me da miedo. Él ha estado todos los días al otro lado de la puerta. **[p. 117]**

“Andate”, dice Abuelito Chepe, secándose los ojos. No vi ni una sola lágrima, pero él quiere llorar. Yo quiero llorar. Realmente está pasando. De verdad me voy. **[p. 118]**

Hace unos días, cuando los hombres salieron a fumar al atardecer, Marcelo dijo que escuchó rumores de que las lanchas se están volteando. Los de por acá le dijeron que más de sesenta personas se murieron ahogadas el fin de semana antes de que llegáramos a Ocosingo. La misma ruta. El mismo tipo de barco al que nos vamos a subir mañana. Marcelo dijo que por eso no salimos de una vez. Los adultos le preguntaron a Don Dago si era cierto, pero él les dijo que eran mentiras, pajas, chambre, porquería. Que la policía de Guatemala andaba soltando rumores. Que les paga a la gente de por acá para asustar a gente como nosotros, para atemorizar a los “migrantes”, como nos llama la gente de acá. Es una palabra que cuesta decir. De “gran” a “tes” hay como una montaña que a mi lengua le cuesta escalar. Es una palabra que cae como agua salada en mi garganta. “Ustedes los migrantes son así”, “esos migrantes son asá”, migrantes, migrantes. **[p. 128]**

# ...EXTRACTOS

“¡Escuchen!” Su voz rebasa el sonido de las olas y atraviesa la brisa salada. “Hay algunas reglas”. Todos voltean a verlo. “Después de prender el motor ya no vamos a parar. Cuando se haga de noche vamos a parar un rato, para que puedan descansar. Así que, si tienen que mear, háganlo de una vez.” El hombre habla despacito. Escuchamos cada palabra que dice. “Si tienen que cagar”—hace una pausa y mira a la gente—“háganlo ahorita porque ya no vamos a parar”. Se queda ahí no más, esperando a ver si le hacen preguntas, pero nadie dice nada. **[p. 138]**

“¡Prepárense!”, grita el coyote viejo. La lancha espera, tiembla, se calma. El mar es como un pequeño temblor. Me da vueltas el estómago como si fuera a echar el zope. Siento el estómago como si fuera una bolsa vacía de plástico, esas que traen mayonesa; como si fuera un plato de papel embarrado de comida, como si fuera una ventana chuca. **[p. 140/141]**

“A ver, escuchen”, dice el coyote de los Tampicos. “Nos vamos un camión a la vez. En la terminal de autobuses uno de nosotros se va a subir con ustedes en el camión que va para el D.F. Ahora son mexicanos. Mexicanos. ¿Me entendieron?”. **[p. 177]**

“Buenos días”. La voz del soldado es fuerte. “Venimos a ver si son los que dicen ser”. Hace una pausa. “Saquen sus papeles”. **[p. 190]**

El Coyote dice que Don Dólares la cagó, “que la cagó grueso.” Que Las Botas solo quieren asustar a la gente y en verdad no le gusta deportar “Porque es mucho trámite”, dijo. **[p. 204]**

Pido que lleguemos a La USA. Que mis papás me estén esperando en la frontera. Que Tía Mali, Lupe, Abuelita Neli y Abuelito Chepe estén dormidos en sus camas. Que mis amigos no pierdan clases y que las monjas no les estén pegando mucho. Pido que las monjas no me hayan acusado con la policía. Que no nos saquen arrastrados de otro bus. Que Patricia y El Chino y Marcelo sigan siendo buena gente conmigo. Pido que El Cadejo siga cuidándonos. Que el Hombre Gritón esté bien. Que Don Dago y Marta regresen y otra vez sean parte del grupo. Pido por Jesús de Tecún y por Don Carlos. Por los tres hombres guatemaltecos que los agarró el ejército. Pido por la gente de las lanchas. Por la gente del bus. Que no se me salga un pedo a la par de Carla. **[p. 226]**

Ve-te-ra-ni-to, repito en mi cabeza. Me gusta esa palabra. Tal vez sí le caigo bien a Marcelo. Chele me dice

cipotillo. El Chino me dijo hermanito. Marcelo me da menos miedo ahora que sí me habla. A pesar de los tatuajes me da menos miedo. Al principio me daban más miedo los tatuajes de El Chino pero solo porque Abuelito Chepe conocía a Marcelo. Pero El Chino es bien buena gente conmigo y parece pura Olivia, la novia de Popeye, solo que El Chino tiene un montón de barros y es mero pelón. **[p. 248]**

No he llorado durante El Viaje, excepto cuando fui a pedir gasolina en polvo. Aparte de esa vez me he portado bien. No lloré cuando vi a los soldados mexicanos con sus pistolas. No eché el zope en la lancha. No me quejé cuando caminamos por horas. Me he comido todo lo que me han dado, incluso cuando estuve enfermo por comer tomatillos. He hecho todo lo que Abuelito Chepe, Abuelita Neli y Tía Mali me dijeron que hiciera, “portate bien y seguí a los adultos”, y aun así no le caigo bien a Carla. **[p. 260]**

“Hoy los llevo a La Línea”. Eso es lo primero que dice El Coyote en la mañana. Estamos en Sonora, el último estado antes del muro. Ayer fue el viaje más largo desde aquel de doce horas para Guadalajara, pero éste lo sentí más largo. Tres horas, más otras tres horas, más cuatro horas. Ya me cansé de estar sentado. **[p. 294]**

Mario es el Pollero #1. Tiene pelo castaño. El pelo del otro pollero es negro. Y Mario tiene una nariz más delgada y puntiaguda. “Bueno, ahora el plan es el siguiente: vamos a caminar unas horas de noche y nuestros compas que están del otro lado nos van a recoger en una van, en la mañana, y nos van a llevar hasta Tucson”. Me distrae la voz de Mario porque canta cuando habla. Es como que si le costara sacar cada palabra de su boca. Me gusta cómo suena su acento. **[p.305]**

Los dos polleros nos dicen que si nos agarran tenemos que decir que somos de Nogales, Sonora. Que somos mexicanos. Nunca salvadoreños. Ellos nos dan otros papeles falsos, que dicen que somos de Nogales. El Chino y Patricia oficialmente están casados de mentiras. Paco dijo que mejor así. Espero que la gente se la crea porque El Chino tiene apenas 19 años, pero sí se ve más viejo. Patricia tiene 27, pero parece más joven. Creo que la hacemos. Oficialmente soy hijo de ellos. Carla todavía es mi hermana, y ella sigue sin hablarle a los demás; solo le habla a su mamá. **[p. 311]**

“¡LA MIIIIIGRRRRAAA!”, grita Mario, que está a la par de nosotros y tiene el cielo azul detrás.

# ... EXTRACTOS

“¡LA MIIIIIGRRRRAAA!”; grita alguien del otro lado de la zanja.  
“¡CORRAAN!”. Mario mira a la gente con ojos de miedo y sale corriendo. **[p. 368]**

Estoy en un zoológico. En una jaula. Soy un mono a la par de otros veintiún monos; al menos veintiuno. Todos tienen cara de pocos amigos. Nadie sonríe. Cuando entra alguien más, somos más de veintiún monos. Algunos se van. Soy el único niño. Este es nuestro cuarto. Parece la parte de atrás de un furgón, si la parte de atrás de un furgón tuviera puertas con barras de metal. El cuarto tiene tres paredes. Una ventana pequeñita, que está al fondo del cuarto y por donde entra la luz del sol. Estamos encerrados. Si queremos tomar agua helada, hay un lavamanos encima de un inodoro de metal que hierve a meados. Patricia y Carla están en otro cuarto, en otra jaula. Ellas gritaron nuestros nombres de mentiras y El Chino les gritó de vuelta. Ella reconoció su voz a la primera. **[p. 384]**

Estamos enfrente de la bandera mexicana. Regresamos a nuestro país de origen, el de mentiras. El aire es igual que hace cuatro pasos. Las palomas vuelan sobre el muro y acá también se paran en los cables de teléfono. Patricia no ha dicho nada. Pasamos a la par de la gente que quiere ir al otro lado. ¿Cómo le hacen ellos para entrar como que si nada a La USA? Hay unos que se parecen a nosotros. Otros hasta hablan español. Acá hay un paletero. Me comí la galleta que me dieron los gringos, pero ahora tengo más hambre. Patricia sigue caminando y no dice nada. Nos jala de la mano. Ya sé que mejor no digo nada. El paletero suena su campanita. No hay viento. Estamos justo debajo del sol. Patricia está sudando y tiene cara como que está perdida. **[p. 402]**

Patricia lo abraza. “Tenía miedo de que no íbamos a volver a ver esa tu cara de culo”, dice. No sabía que Patricia pensaba eso. Hizo como que estaba requete segura de que El Chino iba a aparecer. ¿Y si no hubiera aparecido? Uyyyy, ¡no! Dios mío. No sé qué hubiéramos hecho. **[p. 411]**

“¡Escuchen! ¡Hey! ¡Pongan atención! ¡Todos!”. La voz de El nuevo Mero Mero es rasposa como la de El Coyote después de que nos gritó una mañana entera. Cuesta entenderle. “¡Todos!”, dice otra vez, quitándose la cachucha antes de moverla en el aire, pura bandera. ¡Es pelón! ¡El Mero Mero #2 es pelón como Don Dago! Por eso llevan cachuchas. Pero no se mira tan viejo. “Nos vamos en un rato. Agarren sus cosas”. **[p. 441]**

“¡COOOORRAAAAAN!”

La luz les pega a los arbustos. A la gente. Una mano. Una pierna. Piedras. El Chino corre bien rápido, jalando a Patricia y ella jala a Carla. La luz está detrás de nosotros. Delante también. La gente corre a la par de nosotros. Lejos de nosotros. Ni siento el piso. La mano de El Chino me ahorca el brazo. Siento como que se me va a zafar el brazo. La gente cae al suelo. Gritan. **[p. 454]**

“Jaber. Pero mirá”. El Chino señala a una manguera verde detrás del cerco, la manguera es verdosa brillante, casi neón y brilla.

“¡Agua!”, grita Patricia. Los camanances se le hacen más grandes, le brilla la cara aruñada. **[p. 514]**

“Alto! Parar!”, grita el gringo y da un tiro al aire. Sueña bien duro. Lo siento en el pecho. En el estómago. Nadie se mueve. **[p. 516]**

“Hola, buenas noches”, dice el uniforme. Habla con acento, pero no es tan marcado. Entendemos bien lo que dice. Se acerca a nosotros. No le miro la cara. Su ropa verde olivo se ve bien oscura. **[p. 519]**

“¿Nos va a dejar ir, señor?”, al fin El Chino le pregunta; todo lo dijo bien despacito, sílaba por sílaba. “Sí”, dice El Míster, sin dudar. “Es día de suerte”. **[p. 529]**

“No vamos a ser muchos”, dice el pollero principal, el jefe. Este pollero es gringo. A veces se le salen palabras en inglés. Dice cosas como “trip”. “El trip por el desierto”, dice, cuando habla de nuestro cruce. Siempre lleva el mismo sombrero vaquero, una camisa de botones con dos bolsos en el pecho, el mismo par de bluyines, las mismas botas café y un cincho de cuero marrón con una hebilla con un toro cosido en líneas blancas. Ramón. Así nos dijo que se llama, pero bien sabemos que ese no es su nombre de verdad. **[p. 534]**

“Hola. ¿Ustedes son los papás de... ¿Cómo te llamas, morro?”, me pregunta Bigote Café.

“Javier”, le digo, y él tiene la mano sobre el micrófono. “Javier”, dice; el teléfono es más grande que mi cara.

“¿Cuántos años tienes? ¿De dónde eres?”, pregunta, apretando duro para que no nos escuchen hablar.

“Javier, tiene nueve años y es de El Salvador”, dice Bigote Café. “Órale. Sí, acá está. Son mil quinientos dólares. ¿Pueden venir a Phoenix mañana en la mañana? Órale. Traigan efectivo. Cuando estén en Phoenix llamen a este número”. El hombre apacha un botón y deja de hablar. Sonríe. “Tus papás vienen mañana a las nueve”. **[p. 567]**

# PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1 “Viaje. Mis padres comenzaron a usar esa palabra hace aproximadamente un año: “un día, harás un viaje para estar con nosotros. Como una aventura”. El resultado es una angustiada historia de migración, una narración inmediata e íntima, en la que el lector se siente inmerso en los zapatos del niño y dentro de su cabeza. ¿Qué aprendiste de la experiencia de Javier Zamora? ¿Qué te sorprendió o impactó?

2 Estas memorias están contadas desde la perspectiva del autor cuando era un niño de nueve años. ¿Cómo crees que influye en la narrativa? ¿Tendría el libro un efecto diferente si fuera la historia del viaje de un adulto?

3 De Don Dago a otros que permanecen sin nombre, Javier se apoya en una red de coyotes para llevarlo a EEUU. ¿Cuál fue tu opinión inicial sobre esos coyotes? ¿Cambió a lo largo de la narración?

4 Hay muchas etapas en este viaje: en barco, autobús y a pie. Describe las formas en que cada una de esas etapas fue singularmente desafiante y peligrosa.

5 El viaje no solo fue agotador físicamente, sino también mentalmente. Recuerda y discute todo lo que Javier —cuando era un niño pequeño— tiene que memorizar a lo largo de la terrible experiencia, desde ciudades mexicanas hasta hechos políticos. ¿Por qué tendría que fingir que es mexicano?

6 Además de Javier, ¿qué personajes se fijaron más en tu memoria y por qué?

7 El autor es un poeta. ¿Cómo crees que esto ayuda a la forma de narrar la historia, y cómo afecta a la interacción entre las intensas circunstancias que cuenta y las bellas imágenes presentes en la escritura?

8 El mundo natural es un personaje en sí mismo en *Solito* —los animales, las plantas, el paisaje, la

luna llena, el amanecer— particularmente en las escenas del desierto. ¿Qué elementos naturales te llamaron la atención y por qué?

9 ¿Cómo crees que sobrevivió Javier durante el viaje de siete semanas? ¿Cómo piensas que se sostuvo mental y emocionalmente?

10 ¿Cómo cambia Javier a lo largo del libro?

11 *Solito* está ambientada en 1999, hace 23 años. Aun así, parece que todavía necesitamos una reforma migratoria. Menciona tres formas en las que cree que el sistema de inmigración estadounidense puede ser más eficiente y humano. ¿Se puede, incluso, cambiar el sistema existente?

12 La historia de Javier es también la historia de millones de personas que no han tenido más remedio que irse de su patria. ¿Tú o alguien que conozcas se ha enfrentado a circunstancias similares? Si es así, ¿cómo ha moldeado esto tu vida o la de ellos?

13 ¿Cuánto sabías sobre el sistema de inmigración de los Estados Unidos de América antes de leer *Solito*? ¿Cambió tu visión del problema? ¿Por qué sí o por qué no?

14 Hacia el comienzo de sus memorias, Javier enumera todas las formas en que él y su madre intentaron inmigrar legalmente. Analiza y discute cómo se frustraron esos intentos.

15 ¿Qué podrían hacer tú o tus vecinos para dar la bienvenida a las familias inmigrantes a tu comunidad?

16 El oficial de la Migra, Mister González, tuvo una actitud amable, pero inusual con la falsa ‘familia’ migrante de Javiercito. ¿A qué crees que se debió? ¿Qué piensas que puede haber influido en él esa compasión por ellos?

17 Tras leer *Solito*, ¿has reflexionado sobre la actitud racista que existe aún en EEUU? ¿Qué podrías comentar al respecto?

18 ¿Cómo te sentiste al terminar *Solito*?

## QUIÉN ES

# JAVIER ZAMORA

Javier Zamora nació en un pueblo costero llamado San Luis La Herradura en El Salvador, en 1990. Casi dos años después, su padre se vio en la necesidad de emigrar a Estados Unidos de América presionado por la guerra civil en su país, un conflicto que lo dejó sin su hermano y su cuñada. Más tarde, cuando Javier Zamora tenía poco más de cuatro años, emigró su madre, movida por la necesidad de reunirse con su esposo en California, pero escapando también de los maltratos que recibía de su padre y de la difícil situación económica de El Salvador. Javier tuvo que esperar varios años para poder reunirse con ellos. Para eso, emprendió un viaje —que hizo solo, guiado por diversos coyotes y polleros— siendo un niño de nueve años. Cruzó, El Salvador, Guatemala, México hasta llegar a Tucson y de allí a Phoenix, Arizona. Ese largo trayecto (siete semanas) lo realizó en buses, lanchas y caminando por el desierto de Sonora. Logró su objetivo al tercer intento, el 10 de junio de 1999.

Es Licenciado en Historia Latinoamericana por la Universidad de California, Berkeley y Magister en Escritura Creativa por la Universidad de Nueva York. Fue miembro distinguido del Wallace Stegner Fellowship de la Universidad de Stanford entre 2016 y 2018 y es uno de los poetas más reconocidos de su generación. En 2011 publicó un poemario corto —un cuaderno, menos de 40 páginas—, titulado *Nueve años inmigrantes*, con el que ganó el concurso Organic Weapon Arts, en 2011. En 2017, Cooper Canyon Press editó su primera colección de poesía: *Unaccompanied* (No acompañado). Sus poemas han aparecido en prestigiosas revistas literarias tales como: *American Poetry Review*, *Best New Poets 2013*, *Kenyon Review*, *Narrative Magazine*, *The New Republic*, *The New York Times*, *Ploughshares* y *Poetry*.



Javier Zamora, autor de *Solito*, vive actualmente en Tucson, Arizona. (Gerardo Del Valle)

Junto a los poetas Marcelo Hernández Castillo y Christopher Soto (Loma) es cofundador de la campaña *UndocuPoets*, que logró eliminar el requisito de ser ciudadanos estadounidenses para concursar en los premios más importantes a los primeros libros de poesía en EEUU. En el 2016, recibió el galardón Barnes & Noble Writer for Writers. En el 2017, recibió la beca literaria Lannan así como el *Narrative Prize 2017*. Asimismo, ha sido miembro destacado de la Colgate University y becario de las organizaciones literarias CantoMundo, MacDowell, Yaddo y la Macondo Writers Workshop. Obtuvo la Literature Fellowship in Creative Writing del Fondo Nacional para las Artes en 2014 y la Ruth Lilly and Dorothy Sargent Rosenberg Poetry Fellowship de la Poetry Foundation. Fue también becario de Radcliffe (2018-2019) en la Universidad de Harvard.

Penguin Random House acaba de publicar su primera obra en prosa, *Solito*, que además ha sido traducida y publicada en español por Penguin Random House Grupo Editorial. En ella, narra su viaje desde El Salvador a EEUU para encontrarse con sus padres, cuando tenía solo nueve años de edad. Actualmente vive en Tucson, Arizona, donde es voluntario en la Asociación 'Salvavision'.

# LA CRÍTICA HA DICHO



“Solito es una obra maestra fría como la piedra, una obra maestra absoluta. Sé que usé esa palabra dos veces. Así es como sabes que lo digo en serio”. —**Emma Straub, autora del Bestseller #1, This Time Tomorrow.**

“Una fascinante historia de perseverancia y de los extremos a los que los humanos llegan para ayudarse unos a otros en tiempos de lucha. Con este libro, Javier Zamora llega al frente de las voces americanas esenciales”. —**Dave Eggers, autor de: The Circle**

“Lo que Javier Zamora ha logrado en Solito se siente milagroso. Esta es una recaptura perfecta de la voz, la conciencia y las emociones de su yo de nueve años enviado a lo que, a veces, se siente como la fantástica aventura de un niño héroe en el brutal mundo de los adultos”. —**Francisco Goldman, autor de: Monkey Boy**

“Un clásico instantáneo, no solo de los Estados Unidos de América, sino de todas las Américas... Javier Zamora ha elevado la 'historia del niño migrante' a nuevas alturas literarias”. —**José Antonio Vargas, autor de: Dear America: Notes of an Undocumented Citizen**

“Un libro desgarrador pero hermoso, que destila perfectamente este momento en el tiempo; si hay algo de justicia, algún día será considerado un clásico.” —**Rumaan Alam, autor de: Leave the World Behind**

“En prosa luminosa, con detalles desgarradores y feroces, con ternura y honestidad punzante, Zamora escribe, por primera vez, un relato salvadoreño de lo que se necesita para llegar a la frontera, cruzarla a pie y sobrevivir. No puedo recomendar este libro lo suficiente, ni exagerar su logro.” —**Carolyn Forché, autora de: What You Have Heard Is True**

“Solito es una revelación.” —**Daniel Alarcón, autor de: The King Is Always Above the People**

“[Un] trabajo bellamente elaborado, que convierte la experiencia del migrante en un retrato vívido e inmediatamente accesible.” —Kirkus Review (starred review)  
“Un retrato conmovedor del poder de la conexión humana. . . una historia inmensamente conmovedora”. —**Publishers Weekly (starred review)**